

CIRCVLO DE ACTORES ESPAÑELES



Teniendo en cuenta las circunstancias que concurren en el **EXMO SEÑOR DON TORCVATO LVCA DE TENA** la Junta ha tenido á bien nombrarle **PRESIDENTE HONORARIO** del referido **CIRCVLO** y para que conste se le expide el presente **TITVLO** en Madrid á 5 de Noviembre de 1909

Vice Presidente <i>[Signature]</i>		Presidente <i>[Signature]</i>
Secretario <i>[Signature]</i>		Tesorero <i>[Signature]</i>
Contador <i>[Signature]</i>	Vocal 1. ^o <i>[Signature]</i>	Vocal 2. ^o <i>[Signature]</i>
	Vocal 3. ^o <i>[Signature]</i>	Vocal 4. ^o <i>[Signature]</i>
	Vocal 5. ^o <i>[Signature]</i>	Vocal 6. ^o <i>[Signature]</i>
		Vocal 7. ^o <i>[Signature]</i>

1909 A 5011011X

ARTÍSTICO PERGAMINO

con el nombramiento de Presidente honorario del Circulo de Actores Españoles á favor del Presidente del Consejo de Administración de Prensa Española, D. Torcuato Luca de Tena.

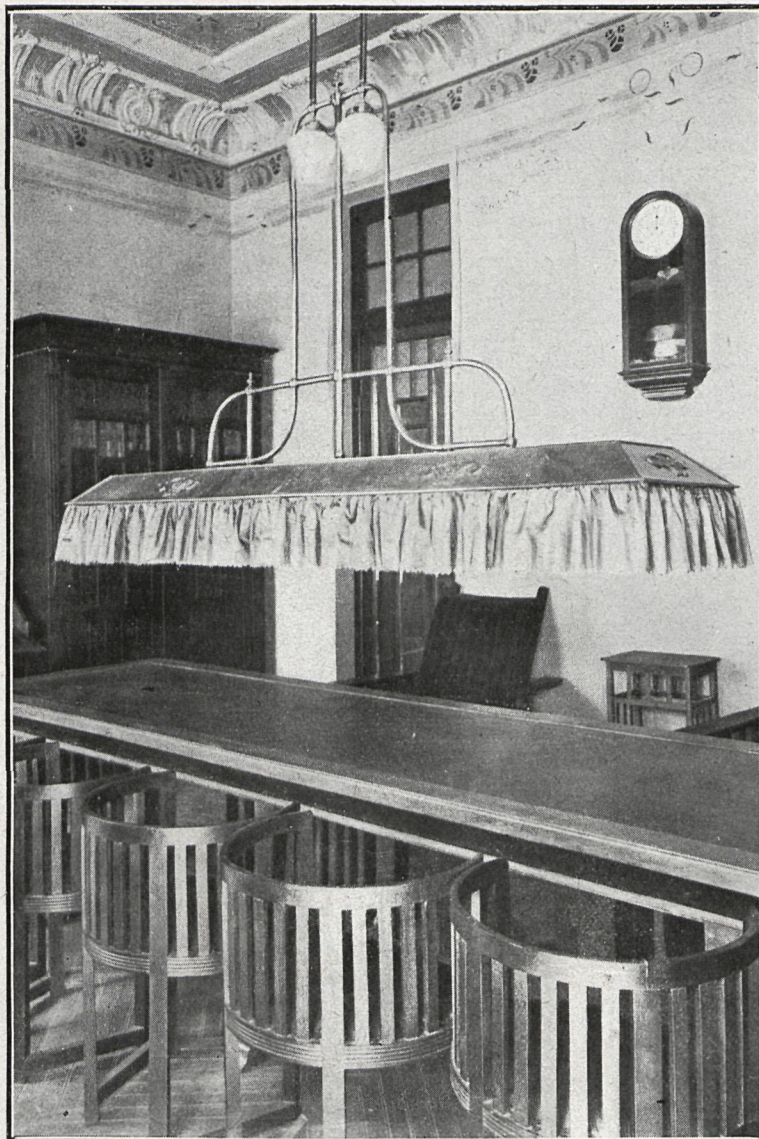
Fot. R. Cifuentes



Un ordenanza.

graffias que en estas páginas reproducimos.

En el amplio piso principal están los salones, salas de tresillo, billares, *restaurant*, en el cual se servirán cubiertos especiales á la terminación de los espectáculos, para los artistas que deseen cenar al terminar su trabajo. Hay además, en el mismo piso, peluquería, cuarto de baño, etc.



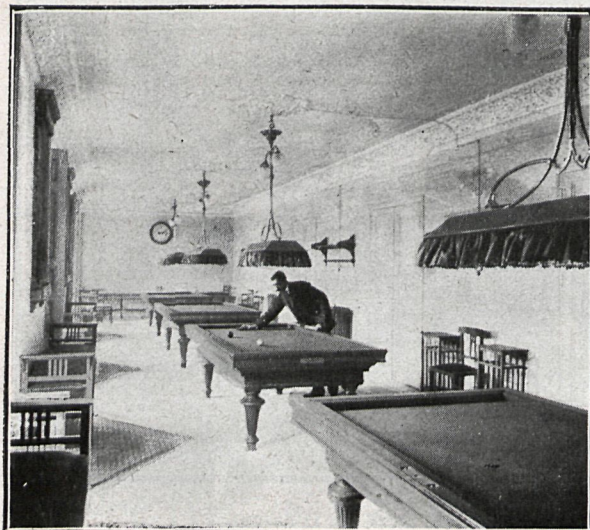
Salón de lectura.



Un groom.

Uno de los salones, el más coquetamente adornado, como es lógico, ha sido destinado á las asociadas, que son numerosas.

Sólo elogios merece la Junta directiva que ha ideado y realizado estas reformas. Constituyenla los señores La Riva, presidente; Ca stilla, secretario; González, Pacheco, Ramírez, Moncayo, Soler, Mora y Estremera.



Sala de billar.



Restaurant.

Fots. R. Cifuentes.

OLGA DESMOND

LA fortuna de una artista suele hacerla la casualidad. A la Otero la enriquecieron sus escándalos; á Cleo de Merode, el cronista que la inventó las relaciones amorosas con el rey Leopoldo para hacer un chiste. Aquellos amoríos no existieron jamás, pero el mote de *Cleopold* quedó.

Olga Desmond era una artista obscura que se presentaba en ciertos *cabarets* luciendo sus formas, nada esculturales por cierto... Pero, en fin, las lucía sin velos ni mallas, y apareció ante los ojos de los espectadores en cueros vivos, como la echó al mundo su señora madre.

Y á pesar de esto, nadie iba á verla, y se contentaba con cobrar diez ó quince francos por noche, con los cuales una alemana tiene de sobra para vivir bien; sobre todo si el aprovisionamiento del guardarropa es tan económico como el de Olga Desmond. Los *habitués* del *cabaret*, donde la joven artista lucía sus formas, eran unos cuantos señores respetables que la llevaban bombones y la invitaban á *champagne* para que les permitiera darla palmaditas en las pantorrillas... ¡Distracción más inocente!

Pero un día ocurriósele á un diputado del Reichstag, un señor moralista severo, hacer un discurso violentísimo contra el



Gobierno alemán por consentir la nefanda exhibición de la joven artista. El anciano diputado condenó la inmoralidad que reinaba en Berlín, habló con acentos apocalípticos de los teatros y de las artistas que faltan constantemente al pudor y á las buenas costumbres y alborotó aquella nutrida asamblea de sabios y sesudos varones.

El canciller le contestó muy asombrado... No sabía que existieran tales cosas, no conocía á Olga Desmond,

la artista en cueros; ;no se le había ocurrido jamás frecuentar los *cabarets* berlineses, ni siquiera para indignarse como el diputado interpelante!

Y se enzarzó una discusión que ocupó por espacio de tres horas la atención del magno Congreso del Imperio, discusión que sólo dió por resultado convenir en que las estatuas de carne y hueso podían exhibirse lo mismo que se exhiben las de mármol y bronce. ¡El debate se hizo artístico!

El resultado práctico fué para Olga Desmond, que desde aquel instante disfrutó los honores de la celebridad. Ahora cobra mil francos por noche, se presenta pudorosamente vestida con una malla de seda finísima y transparente, da cuatro saltitos en el escenario y se retira por el foro. El público que antes no iba á verla, cuando tenía *algo que ver*, ahora arrebató los billetes del despacho.

¡Vean ustedes lo que puede una interpelación á tiempo!

JOSÉ JUAN CADENAS



ANVERSO Y REVERSO

De toda la rica gama de empresarios, el más envidiable de todos es el empresario optimista. Para éste no hay en ningún momento la más insignificante contrariedad en su negocio.

Su aspecto siempre sonriente, feliz, desconcierta á propios y extraños, que muchas veces no aciertan á explicarse tan admirable conformidad.

Os asomáis á la sala, en la que sólo hay escasamente una docena de espectadores, y el empresario optimista, adivinando que estáis á punto de compadecerle, os saldrá al atajo de vuestro piadoso pensamiento para deciros:

—No le extrañe á usted que haya esta noche tan poca gente. Es preciso tener en cuenta que hay estreno en la Comedia y en el Español y, además, baile en casa de la de Squilache.

Otro día os explicará el vacío por la atendible razón de que hace una noche horrible de agua y de viento, y en esa noche, ¿quién es el guapo que se atreve á salir de casa?

En cambio, si el teatro está lleno ó por lo menos hay una buena entrada, volverá el argumento en sentido contrario y os dirá:

—¿Eh, qué le parece á usted? Asómese, asómese y vea cómo está la sala. Es lo que yo sostengo, y no hay que darle vueltas: cuando una obra tiene fuerza, así caigan chuzos viene a gente al teatro. Lo demás son cuentos.

Su conformidad es de doble juego. Si hace calor, ¿quién se mete en el teatro con una tarde tan hermosa!

Si la comedia lleva muchas representaciones, ¿quién va á verla, si ya la ha visto todo Madrid!

Y cuando estas razones fallan, el empresario

optimista se limita á deciros que es un mal año de teatros y que todos los empresarios se quejan de lo mismo.

Y el hombre paga nominas y más nominas, con asombro de los mismos cómicos, que temen y con fundamento que ante la mala marcha del negocio un buen día se acabe la temporada.

¡Ah!, el empresario optimista siempre confía en el mañana. Si no es un año, es otro, pero él acabará por hacer dinero en el teatro.

El reverso es el empresario pesimista, que cada vez que tiene que sacar dinero del bolsillo se le exagera el reuma ó le da un cólico.

Para éste no hay obra que dé nunca bastante dinero, ni cómico que valga arriba de cuatro pesetas.

Grüñe cada vez que da un vale; pone el grito en la contaduría cada vez que el sastre ó el guardarropa piden un extraordinario para la obra nueva, y es tal su leyenda de hombre irascible y de mal gesto, que los acomodadores al acercársele van de pantillas y con el pánico en la voz.

Todas las noches, al recoger la cuenta, el empresario pesimista está á punto de dar el cerrojo, porque *aquello* no puede seguir así, ni él tiene su dinero para que se lo gasten cuatro danzantes, ¿pues no faltaba más!

Sólo le contiene la perspectiva de la obra nueva, en la que esperan todos como en el Mesías para su salvación.

El empresario pesimista, que confía resarcirse con ella de lo que lleva perdido, quiere que se ponga en tres días, porque si no la próxima nómina la va á pagar el Nuncio, dicho sea con el mayor respeto.

Es el último sacrificio que hace, porque no pasa del estreno ni un día más.

¡Ah! ¡Si el público estuviese iniciado en los misterios del teatro!

¡Si supiera que muchas veces de su actitud depende, no sólo el aparente triunfo del autor, sino el miserable *puchero* de muchas familias, otorgaría con seguridad su beneplácito para no tener remordimientos de conciencia!

Pero el público, que nada sabe de eso porque ignora muchas cosas, con infantil alegría da suelta a los pies y gusto a los bastones en cuanto no le satisface lo que ve.

Ante el fracaso, el empresario pesimista, que á veces es también supersticioso, llama al director ó al contador y le declara solemnemente que él no sigue más, que siga Rita; la que si fuera á encargarse de todas las cosas que la encomiendan, yo no sé cómo podría organizar su tiempo.

Naturalmente, el empresario pesimista, desde que Pérez entró á formar parte de la compañía, predijo la catástrofe, porque el teatro donde entraba Pérez el cerrojazo era seguro.

Y lo más graciosamente triste es que así ocurre, y que ya al pobre Pérez nadie se atreve á contrariarle ante hechos tan probados.

Así que al ver á Pérez, ya le hacen en los escenarios la cruz, diciendo á su paso: ¡“Lagarto, lagarto!”

Uno de los que mayormente sufren con esta perspectiva del cierre es el mozo del café, héroe magnífico, primero y obligado personaje que pone su planta en cuantos periódicos se fundan y en cuantas temporadas de teatro se inauguran. El mozo de café es el primer poblador de redacciones y escenarios. Antes de enviarse el primer original á la imprenta, el mozo de café ya ha hecho su aparición en el periódico nuevo; antes de que se reuna la compañía, ya el mozo de café tiene en su cuenta varios servicios apuntados.

Y este anónimo héroe tiembla ante la idea de que el mal humor del empresario pesimista ponga bruscamente punto final á la temporada. Los cafés servidos, los almuerzos fiados, ¿quién se los pagará como truene la empresa?

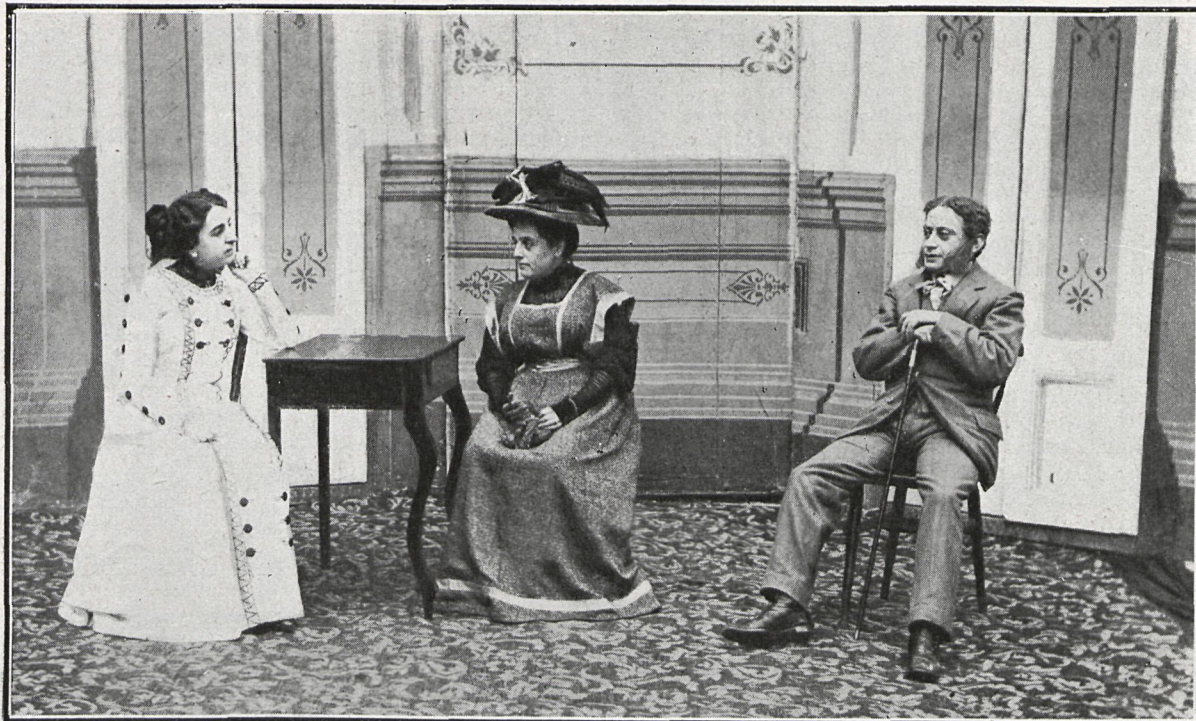
En cambio, con el empresario optimista el mozo de café está seguro de cobrarlo todo con relativa puntualidad.

Venid, pues, y vamos todos con flores el empresario que vino al mundo para entretenimiento y sostén de la gente.

Luis GABALDON.



EL TEATRO EN PROVINCIAS



Una escena de «La barrera», obra de D. Miguel Rueda, estrenada con feliz éxito en el teatro Pradera, de Santander. Merceaes, Srta. Gómez; Soledad, Sra. Domínguez; D. Rafael, Sr. Arce. Fot. Torre



La Srta. Herminia Gómez, á beneficio de la cual y para costear su educación artística en Milán se ha celebrado una función en Castellón. Fot. Mateu



La Srta. Ascensión Méndez, notable tiple cómica que viene actuando con gran éxito en el teatro Apolo, de Valencia. Fot. Derrey.



EL CRITICO EN NOCHE DE ESTRENO

La crítica periodística es un mal necesario. Yo comprendo fácilmente su necesidad, pues corresponde al deber, cada vez más apremiante, que el periódico tiene de saciar la curiosidad pública; pero tampoco puede ocultárseme que el periodismo y la crítica se dan de cachetes. ¿Cómo podrán hermanarse y convivir en perfecto acuerdo lo que requiere la más atropellada ligereza y lo que recaba la más detenida meditación?

Yo sé que hay muchos periodistas capaces de escribir admirables estudios críticos en dejándoles tiempo de documentarse; de compenetrarse con un autor y de familiarizarse con una obra dramática, pues conste que á la crítica dramática especialmente aludo; pero salir del teatro, apoyar la pluma en las cuartillas y lanzarse á desentrañar en una ó dos horas lo que el dramaturgo fué nutriendo y sacando de sus entrañas en honda y prolija labor de meses ó de años, es el colmo de la injusticia, de la frivolidad y del atrevimiento. ¡Y, sin embargo, así ha de ser! La curiosidad voraz del lector lo exige.

—Limítese el periodista á reseñar el estreno— podrá decirme alguien—y no se meta en más averiguaciones.

Pero esto, tan fácil de decir, es algo más difícil de hacer. ¿Cómo podrá un cronista, no siendo tonto de raíz ó no careciendo de imaginación y de nervios en absoluto, referiros los hechos sin aderezarlos y entreverarlos con algo de su propio pensamiento y fantasía? De nuestras conversaciones se deducen siempre nuestras ideas, aunque pretendamos recatarlas. La información periodística sería incompleta sin el comentario. No

quedaría en nuestras reseñas sino frialdad de hielo é insensibilidad de estuco. La comedia que intentáramos reflejar perdería, en nuestro espejo, todo color y palpitation de vida. Las obras dramáticas, no sólo llevan dentro lo que se ve, sino lo que sugieren, y ambos aspectos debemos transmitir al lector.

Cabría aplazar algunos días la tarea de reseñar la producción naciente—por mi parte, lo preferiría y trataría de imitarlo si otros lo hicieran,—pero la crónica seguiría siendo precipitada, parcial é injusta. La labor del crítico, por culto é inteligente que fuere, sólo será firme y definitiva, sólo podrá estar libre de toda sugestión y de todo prejuicio cuando estudie obras y autores que hayan pasado por el tamiz del tiempo. Sería insensato juzgar á los hombres por su niñez. También las comedias necesitan su edad madura para ser juzgadas. La crítica de los revisteros teatrales, por sagaces y eruditos que sean, es una crítica balbuciente.

* * *

Muchos espectadores, sin embargo, no lo entienden así, ni algunos autores tampoco. No se satisfacen con poner el cronista en su crónica el relato del conjunto y detalles, algunas ideas que le sugirió el drama y algo de pintoresca amenidad para comentarlo. No hay quien les apee de su petro de que el revistero teatral ha de ser el juez que absuelva ó castigue, ni quien les convenza de que es raro é insólito, tal vez inasequible, una comedia buena ó una comedia mala. En todas, ó casi todas, hay algo bueno y algo malo.